

Lejos de las distracciones

Deuteronomio 4:1 dice: “...Ahora, pueblo de Israel, oigan los estatutos (...) para que los pongan por obra, y vivan y entren en la tierra que les da el Señor, el Dios de sus padres, y tomen posesión de ella. No añadan ni quiten una sola palabra (...) sino cumplan los mandamientos del Señor su Dios, que yo les ordeno observar...”

Dios tiene una exigencia muy sucinta y directa. Ellos deben obedecerle; esa es su realidad. Y en los versículos del 7 al 4, enfatiza: “...Porque ¿dónde hay una gran nación, cuyos dioses estén tan cerca de ellos como lo está de nosotros el Señor nuestro Dios en todo lo que le pedimos? Y ¿dónde hay una gran nación, cuyos estatutos y juicios sean justos, como lo es toda esta ley que hoy les expongo? Por lo tanto, ten cuidado (...) de no olvidar (...) lo que tus ojos han visto. Que no se aparten de tu corazón en ningún momento de tu vida. Al contrario, enséñales esto a tus hijos, y a los hijos de tus hijos. Aquel día que estuviste delante del Señor tu Dios en Horeb, el Señor me dijo: “Reúne al pueblo, para que yo les haga oír mis palabras. Las aprenderán, para que me teman todos los días (...) y para que las enseñen a sus hijos.” Ustedes se acercaron y se pusieron al pie del monte (...) mientras el fuego llegaba hasta los cielos. Entonces, desde el fuego el Señor habló con ustedes, y ustedes oyeron su voz y sus palabras, pero aparte de oír su voz, no vieron ninguna figura. Entonces él les dio a conocer su pacto, el cual les mandó poner por obra, es decir, los diez mandamientos, y los escribió en dos tablas de piedra. En aquella ocasión, (...) me ordenó el Señor enseñarles (...) los estatutos y sentencias, para que los pusieran por obra en la tierra de la cual van a tomar posesión.”

Es interesante observar que, así como Israel, muchas personas también desean establecer una relación con Dios. Pero muchas veces ese tipo de relación está motivada por un deseo mezquino de ser bendecidos, y obtener prebendas. No obstante, observemos el énfasis del texto: La relación de pacto con Dios, está signada por la obediencia. Si, de hecho, estás interesado en lo que te lleva a conducir al éxito entonces debes saber que eso comienza al tener una verdadera relación con Dios, la siguiente pregunta sería: ¿Estás dispuesto a obedecer a Dios plenamente?

Dios mostró su poder y gloria; e Israel tenía conciencia de eso; su voluntad es que escuchen su ley y se practiquen sus preceptos. Y entre esos mandatos, el más importante y serio, es dar solamente a Dios, la gloria que Él demanda. Por eso, a partir del versículo 15 de este capítulo 4 que vamos recorriendo, el texto se concentrará en una cuestión que está señalada como una de las más importantes del Antiguo Testamento: La prohibición contra la Idolatría.

Ningún tipo de ídolo o imagen puede tomar el lugar de Dios, para rendirle pleitesía, adoración y culto. Veamos lo que resume este texto, versículos 15-20: “...El día que el Señor les habló desde el fuego, ustedes no vieron ninguna figura. Así que tengan mucho cuidado, para que no se corrompan al hacerse esculturas, (...) o efigies de hombres o mujeres, o figuras de los animales que hay en la tierra, o figuras de las aves (...), o figuras de los peces que hay en el agua debajo de la tierra. No vaya a ser que levantes los ojos al cielo y, al ver el sol y la luna y las estrellas, (...), sientas el

impulso de inclinarte ante ellos y adorarlos. Todos ellos los ha concedido el Señor tu Dios a todos (...) debajo de los cielos; en cambio, a ustedes el Señor los tomó y los sacó de Egipto, de ese horno de hierro, para que sean su propio pueblo, como en efecto hoy lo son...”

En su exigencia de obediencia, Dios lo deja bastante claro, parafraseo: ‘No le des adoración ni cualquier tipo de culto a cualquier cosa que existe debajo del cielo o que exista en el cielo o debajo de la tierra. A nada. Nada puede recibir esa adoración, como hacen los pueblos paganos. No hagan eso’. El asunto es tan serio, que el texto continúa relatando que Dios se enojaría fuertemente, si Israel incurriese en tales prácticas. Versículo 24: “...Pues el Señor su Dios es un fuego consumidor; es un Dios celoso...” Y anticipa lo que pudiera ocurrirle a la nación. Deuteronomio 4:25-29:

“...Si después de haber engendrado hijos y nietos, (...) llegan ustedes a corromperse y hacerse esculturas o imágenes de alguna cosa, y hacen enojar al Señor su Dios por hacer lo malo (...), pongo hoy por testigos al cielo y a la tierra de que muy pronto ustedes serán totalmente borrados de la tierra (...). No estarán en ella mucho tiempo sin que sean destruidos. El Señor los esparcirá entre los pueblos, y un reducido número de ustedes quedará entre las naciones (...). Allí ustedes servirán a dioses de madera y piedra, hechos por manos humanas, incapaces de ver, oír, comer ni oler. Pero si estando allí buscas al Señor tu Dios, lo hallarás, siempre y cuando lo busques con todo tu corazón y con toda tu alma...”

¡Qué impresionante condena, frente a esa desobediencia y el posible sufrimiento que causaría! De hecho, eso ocurre de manera definitiva, cuando el pueblo de Israel pierde el derecho a la propia tierra, siendo llevado en cautiverio hacia Babilonia. ¿Y por qué debe tenerse en mente, que solamente Él es Dios? Porque Él, Jehová, el Señor, es Uno, único y verdadero Dios. Y debe recibir toda obediencia y procurarle absoluta adoración como único y verdadero Dios. Los versículos del 32-35, lo reiteran claramente diciendo:

“...Pregunta ahora si (...) antes de que tú vivieras, o desde el día que Dios creó al hombre sobre la tierra, si de un extremo del cielo al otro ha ocurrido algo tan grande como esto, o se supo de algo así. ¿Acaso algún pueblo ha escuchado la voz de Dios hablarle desde el fuego, como la has oído tú, y seguir con vida? ¿O ha intentado Dios venir y sacar a una nación de en medio de otra nación, y hacerla suya con pruebas y señales, y con milagros y guerra, y con mano poderosa y brazo extendido, y hechos aterradores, como lo hizo el Señor su Dios en Egipto con ustedes, ante sus propios ojos? A ti, Israel, se te ha mostrado esto, para que sepas que el Señor es Dios, y que no hay otro fuera de él...”

Es decir, que ya había demostrado sin dudas, que era el Único. Y no solamente a través de su creación, o de su poder, por medio de la naturaleza, sino también por las intervenciones extraordinarias en la historia de la nación de Israel. Por lo tanto, todas las evidencias estaban comprobadas. Y si Él, es ese Dios, sería absurdo pensar siquiera, en desobedecerlo. Y no solo eso sino contravenir sus leyes, practicando cualquier tipo de idolatría, al darle gloria a otra supuesta divinidad cualquiera. Los versículos 39-40, enuncian lo siguiente: “...Israel, aprende y reflexiona hoy en tu

corazón que el Señor es Dios, lo mismo arriba en el cielo que abajo en la tierra, y que no hay otro Dios. Cumple con sus estatutos y sus mandamientos, los cuales hoy te ordeno cumplir, para que te vaya bien, a ti y a tus hijos después de ti, y prolongues tus días sobre la tierra que el Señor tu Dios, te da para siempre.”

Tenemos una gran lección para nuestra vida en este capítulo 4 de Deuteronomio. El texto es bastante claro en cuanto a que hay tolerancia “cero” hacia la idolatría y la desobediencia. Asunto difícil de entender. Si es verdad lo que creemos acerca de Dios, si es verdad que es un Dios Único, Creador de los cielos y la tierra, que hizo al ser humano y que está en el control del universo, entonces también es un Dios que hizo un plan de redención, enviando a Jesús, para traernos salvación y vida eterna... ¿No te parece?

Y si de hecho creemos en lo que profesamos, no tiene ningún sentido, –y mucho menos siquiera imaginarnos– la posibilidad de confrontar su autoridad. Si Él, es Dios, ¿quién puede en sana conciencia, desobedecerle y pensar que todo queda igual?

Por lo tanto, aceptemos, en primer lugar, que la relación con Dios está signada por la obediencia, y, en segundo lugar, que la idolatría es una locura absurda.

¿Cómo puede alguien querer compartir con cualquier otra cosa, la gloria de ese Dios, tal y como se describe en las Escrituras? Observa que el texto es muy claro, lo parafraseo así: ‘Miren, si rechazan la revelación divina y practican la idolatría, procurando algún tipo de ídolo y adorando un palo, una piedra o cualquier otra imagen, seguramente su vida se convertirá en una desgracia’. No tiene ningún sentido hacerlo. La intransigencia es total; el rechazo a ese comportamiento es incuestionable.

Recuérdalo y no te lo quites de la mente: ante la idolatría, hay que huir a toda máquina. Aun la cosa más grande, jamás puede hacerle competencia al único y grandioso Dios, que hizo los cielos y la tierra. Para ser exitoso en la vida tienes que acercarte a Dios y obedecerle. Si todavía no sabes cómo acercarte a Dios te lo resumo de esta manera. Dios envió a su hijo Jesucristo para ofrecerse como sacrificio para pagar el precio de nuestra desobediencia. Desde que Adán y Eva pecaron el pecado entró al mundo. Para reestablecer esa relación entre Dios y la humanidad Jesucristo fue crucificado, derramó toda su sangre para limpiarnos de nuestra maldad, el murió y al tercer día resucitó. Todo el que cree en él es perdonado de sus pecados y recibe el regalo de la vida eterna.